



Predicting the Weather

Victorians and the Science of Meteorology.

Katharine Anderson. The University of Chicago Press.

Chicago and London, 2005

ISBN 0-226-01968-3

Le savant et la tempête

Étudier l'atmosphère et prévoir le temps au XIXe siècle.

Fabien Locher. Presses Universitaires de Rennes.

Rennes Cedex 2008

ISBN 978-2-7535-0696-1

Hoy que podemos comprar libros en cualquier parte del mundo desde nuestra propia casa con sólo pulsar una tecla, invitamos al profesional de la Meteorología y a los aficionados a esta disciplina a leer un par de libros que creemos pueden interesar a todos quienes saben sacar provecho de la Historia de la Ciencia. Sus autores han trabajado y procesado una enorme cantidad de información, más que suficiente como para aportarnos un panorama muy ilustrativo de la evolución de las meteorologías británica (y por extensión estadounidense) y francesa, con alusiones necesarias a la belga, holandesa, italiana y alemana. Fabien Locher es historiador de la ciencia adscrito al CNRS, y Katharine Anderson profesora de ciencia y sociedad en la York University.

Lo primero que salta a la vista de ambas obras es que en la primera mitad del siglo XIX no había otros pronósticos públicos del tiempo en Europa que los de los almanaques populares, muy especialmente en el Reino Unido. Allí, con la vida británica volcada hacia el mar, la necesidad de avisos por la llegada de borrascas y vendavales, no sólo se precisaba en el campo, sino, sobre todo, en el mar. Los naufragios eran frecuentes, y el coste en víctimas huma-

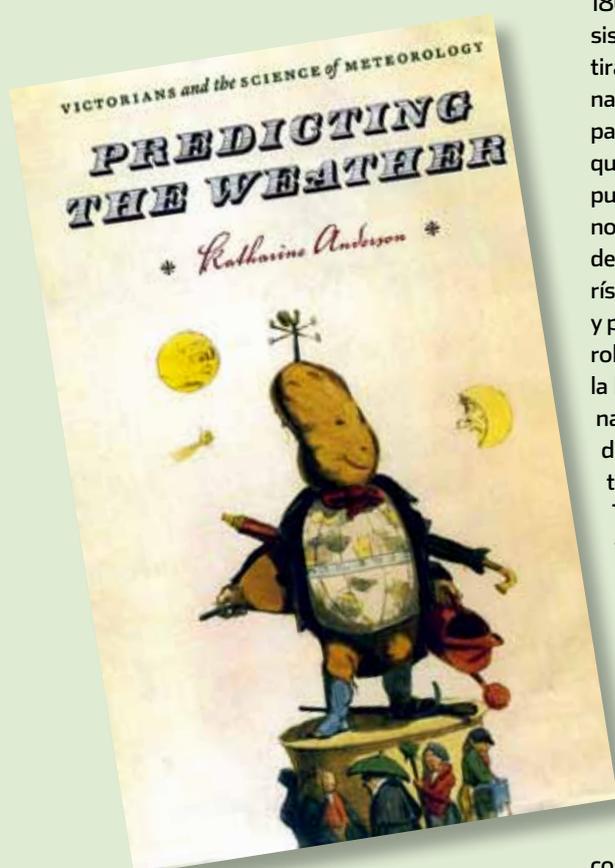
nas, elevado. Los lutos colectivos, una costumbre costera.

Pese al enorme interés social y económico que tenía la predicción del tiempo, la Meteorología de corte científico no echó a andar verdaderamente hasta que se extendieron las primeras líneas telegráficas (a pesar de que en 1826 Quetelet ya había organizado en Bélgica el primer servicio meteorológico nacional que conocemos). En 1846, Francis Arago, director entonces del Observatorio de París, contemplaba la predicción del tiempo como algo fuera del alcance de la Ciencia. La acumulación de datos y más datos meteorológicos no permitía dar el paso decisivo en el conocimiento de lo que entonces se llamaba "las variaciones atmosféricas".

En 1847 Joseph Henry ya había concebido en Estados Unidos la idea de aplicar el telégrafo al mejor conocimiento de estas "variaciones". Para el comienzo de los 1850 el primer cable había sido instalado, y las capitales europeas estaban vinculadas por la telegrafía. En 1858 el primer cable oceánico unió ambas orillas del Atlántico, permitiendo comprobar posteriormente que el tiempo se movía de Oeste a Este. Con la aplicación del invento a la Meteorología, los datos de los observatorios fluyeron a diario y pudieron dibujarse los pri-

meros mapas internacionales del tiempo, naciendo la meteorología sinóptica (aunque Elias Loomis ya había trazado en Estados Unidos un mapa con isobaras y direcciones de los vientos en 1842: la enorme extensión del continente lo permitía). Pero no sucedía así en Europa: la insularidad británica, el hecho de que casi todo el tiempo venía del Atlántico, y las dificultades de utilizar los barcos como observatorios facilitadores de datos, retrasaron las primeras predicciones de tipo científico con apoyo institucional.

Los primeros pasos no fueron fáciles; a mediados del siglo XIX, el lunarismo se hallaba bien presente en las sociedades y en los medios científicos europeos. El Reino Unido disponía de toda una serie de "profetas del tiempo", que vertían en sus almanaques pronósticos para todo el año, como los de Zadkiel, Murphy, Simmonite, etc., los cuales gozaban de una gran credibilidad. Los astrónomos y miembros británicos de la Royal Society convivieron durante años en las primeras sociedades meteorológicas con los autores de esos almanaques; este hecho generó tensiones y rupturas, hasta que a mediados de siglo se delimitaron los terrenos y pudieron apreciarse las diferencias entre unos y otros. Aún así, en Francia apareció en



1863 Mathieu (de la Drôme), con su sistema horario-lunar de predicción y tiradas de cientos de miles de almanaques; tuvo también un enorme impacto a través de la prensa, de modo que hasta llegó a vérselas en una disputa en los periódicos con nada menos que Le Verrier, director entonces del Observatorio Astronómico de París, descubridor de Neptuno y pionero y pieza clave de los inicios de la meteorología moderna. Muerto Mathieu (de la Drôme) en abril de 1865, sus almanaques perduraron en manos de los descendientes hasta 1939 con unas tiradas muy estables.

Tanto en las Islas como en el continente los inicios de la meteorología moderna fueron extraordinariamente duros. El Almirante Fitzroy, director del primer Meteorological Department, sucumbió ante los numerosos fallos predictivos, y acabó cortándose las venas en abril de 1865, sumido en una profunda depresión (los primeros boletines con pronósticos databan de 1846). Tanto él como su sucesor Scott fueron tildados de "Zadkiels" del gobierno (en alusión al almanaque británico más popular), y a las grandes sumas de dinero puesto en juego para desarrollar su trabajo pionero. El escándalo llegó al punto de que la Royal Society aconsejó suspender las predicciones en 1867, que no se reanudaron hasta 1875. En Estados Unidos el primer boletín oficial con predicciones data de 1871 (aunque Henry ya las había iniciado en 1857 a partir de mapas sinópticos).

A Fitzroy (legendario Capitán del Eagle, donde viajaba un tal Charles Darwin) le debemos el término "forecast", pues el de "predicción", tanto en Francia como en el Reino Unido, estaba ligado a la Astrología. En 1863 se publicó el primer boletín meteorológico en Francia, no con "predicciones", sino con "avisos", para evitar cualquier confusión con los autores de almanaques. Hay que ponerse en la piel de los primeros meteorólogos, e imaginar qué se les pudo pasar por la cabeza al descubrir la existencia

de grandes masas aéreas girando en sentido contrario a las agujas del reloj. Por lo demás, las rencillas en el seno de los astrónomos franceses (partidarios unos de estadísticas y aplicaciones matemáticas más que de trazar mapas), las disputas más personales que científicas a ambas orillas del Canal, los problemas por obtener financiación y el ganarse la credibilidad de las autoridades de turno, constituyen la cotidianidad del relato de ambos textos. El Reino Unido halló en la India la continentalidad y la estabilidad climática de que carecía en las Islas, favoreciendo enormemente el avance el avance en el conocimiento del comportamiento atmosférico de los científicos británicos.

Después vendrían el I Congreso Meteorológico Internacional, celebrado en Viena en 1873, el II en Roma en 1879, etc. Y Camille Flammarion con sus ascensos en globo aplicados al estudio de la Meteorología, en medio de una gran expectación y rodeado de multitudes. Pero antes... antes, las cosas fueron bien distintas. El lector encontrará algo tan curioso como un invento presentado en la Great Exhibition de Londres en 1851: un aparato diseñado para predecir el tiempo a base de sanguijuelas confinadas en unas botellas que, al ascender presintiendo el mal tiempo, disparaban una palanca que accionaba un interruptor y emitía una señal telegráfica a cualquier parte del país, previniendo de ello. O la competencia que otro lunarista, Stephen Martin Saxby, hacía a los primeros avisos de vendavales y borrascas emitidos por el Meteorological Department, llenado de octavillas las costas inglesas.

Por no hablar de la prevención, en términos filosóficos y religiosos, que los primeros meteorólogos tuvieron que afrontar al emitir sus primeros boletines con pronósticos. Pero será mejor que el lector interesado se adentre en esta historia por sí mismo, guiado por Locher y Anderson. Queda pendiente que alguien emprenda el estudio de lo que simultáneamente sucedió en España.

José Luis Pascual Blázquez





Libros





Libros



Neurológicas

